

muere, necesita estarse educando, y que nunca es uno viejo para corregir y rectificar los defectos que brotan y renacen sin cesar en el erial de la existencia humana. Sí, esa es la vida, vida de lucha, de combate infatigable por el bien y por la verdad como dice el poeta:

¿Qué es la vida del hombre,
Sino estar militando en viva guerra,
O como el fatigado jornalero,
Que todo su renombre
Se reduce á labrar la dura tierra?

Todo el renombre de la madre cristiana se reduce al incomparable honor de educar bien á sus hijos, de hacer de ellos hombres, y á la dulce felicidad de hacer feliz á su esposo; y aunque para cumplir estos deberes la gracia de Dios nunca falta á quien la pide con humildad de corazón, ayuda singularmente á esta gracia el estudio de obras buenas y serias.

Conveniente, es, pues, por demás, buscar en los libros amigos dulces y fieles que nos ayuden á la práctica del bien, para poder decir como una simpática é inteligente señorita de nuestro siglo: «Espero que los amigos que he escogido en mi juventud, los Fenelones, los Bossuets, los Bourdaloues y tantos otros que no citaré, los venerados nombres de Mme. Swetchine, de Eugenia y Alejandrina La Ferranays, que nos han llegado á ser familiares y queridos, me consolarán.....»

Mis amables lectoras encontrarán también en los libros serios consuelos abundantes y también fuerzas desconocidas para llegar á la perfección,

para vivir esa vida del alma, esa vida del corazón que se encuentra cuando por medio del estudio, por medio del trabajo intelectuul unido á las prácticas piadosas, se remonta uno á comprender mejor toda la armonía inefable de la vida cristiana.

La visita á los pobres.

CHARLA CON MIS LECTORES.

Julio 3 de 1881.

Queridos lectores míos: Recuerdo haber leído que la condesa Sewtchine, una de las mujeres de carácter más noble y de inteligencia más esclarecida que han honrado el siglo presente, salía todas las mañanas de su casa, acompañada de una hija adoptiva á quien amaba con particular ternura y cariño. ¿Sabéis á donde dirigía sus pasos esa mujer de la clase acomodada, que abandonaba desde temprano la blandura del lecho? ¿Sería para gozar de las frescas brisas de la mañana en los jardines, en los parques, en los bosquecillos del campo? ¿Para charlar dulce y agradablemente con amigos joviales y risueños que pasaban la vida lijera entre ilusiones y delicias? No: pensamientos más serios y más graves ocupaban el alma de aquella ilustre señora, en las primeras horas de la mañana: la caridad la movía, el amor la impulsaba, el espíritu de abnegacion y sacrificio agitaba ese corazón generoso que amaba con pasión la felicidad ajena. Salía de su morada y se hacía conducir á la márgen izquierda del Sena, para buscar en sus antros á la miseria, y llevarle algunos consuelos, algun dulce alivio, un

pequeño refrigerio. Llegaba á la infeliz bohardilla ocupada por la familia pobre, con la sonrisa en los labios, con la apacible serenidad en la frente, con la amabilidad en el corazón, esparciendo frases de la amistad más sincera, derramando el rocío de la alegría en aquellos corazones ulcerados por los ásperos padecimientos de la estrechez y del infortunio. Sentábase en aquel hogar escueto, desaseado, casi horripilante; conversaba amena y deleitosamente, como si estuviera en el estrado de su sala recibiendo, según su costumbre, á las familias más distinguidas y á los personajes más notables de la literatura contemporánea; tenía siempre una buena palabra de estímulo para el bien, una caricia de las más naturales para los niños, una frase oportuna para curar esas heridas morales más lastimosas á veces que las heridas del cuerpo, para secar lágrimas cuya fuente parecía inagotable, en fin para conquistarse el alma de sus protegidas, elevándolas en la escala de la moral. Se entregaba á aquellas familias de artesanos con alma, vida y corazón; pero siempre con tal discernimiento, con tantas consideraciones, con tanto respecto, que más bien parecía que ella, la protectora, era la protegida, y que estaba ligada con aquellas familias por los vínculos de antigua gratitud, originada de servicios prestados en otra época. Y no obstante, quizás oía el eco de su voz por vez primera, y jamás los perfiles y rasgos de aquellos rostros atribulados habían pasado ántes por delante de sus compasivos ojos.

Desde su conversión al catolicismo hasta su muerte, acaecida hace pocos años, la distinguida condesa siempre cifró su placer más puro en estas

visitas al pobre, á cuyos umbrales nunca se acercaba con las manos vacías: costumbre altamente razonable y digna de alabanza que toda familia cristiana debe contar por dicha y honor tener y conservar. ¿Quién ignora cuántos beneficios emanan de esta unión entre los pobres y los ricos, de estas relaciones cultivadas por medio de los socorros que se prodigan con largueza? El alma del pobre, fraternizando con las clases acomodadas, se aficiona á ellas, las considera, las aprecia, y concluye por amarlas, haciendo imposibles esos odios de clases que levantan las tempestadas revolucionarias en que todo el edificio social se estremece y amenaza desplomarse. Las clases ricas por su lado tienen demasiadas lecciones que aprender cuando visitan la humilde choza del menesteroso. ¡Oh Dios! ¡Qué cuadros tan adecuados para evitar el desvanecimiento de cabeza que suele producir la abundancia en los poderosos! ¡Qué situaciones tan propias para inclinar el espíritu á serias reflexiones, para excitar en el corazón los sentimientos de compasión y fraternidad! Ved ese matrimonio que se guarece en un desván que no es habitable: allí, pronto, muy pronto, se ha llegado á la prosa de la vida; la poesía ha huído lejos, desde el primer día de matrimonio; el hombre es desordenado, ebrio consuetudinario, y la pobre mujer, jadeando, apenas acierta á sobrellevar la carga abrumadora: se ve condenada al aislamiento, trabajando de día para proporeionarse trabajosamente el negro pan de la pobreza, velando de noche el sueño ó las enfermedades no de uno sino de media docena de hijos que sólo de ella pueden recibir los cuidados más indispensables. Ella, que

se quita las horas del sueño, amamanta á su hijo pequeñuelo; cuida, enseña y educa como puede á los mayores; busca trabajo, sin el cual no hay alimentacion; trabaja laboriosamente, sufre y calla. Sus penas son duras, pero tiene que sobrellevarlas en silencio; no tiene casi á quien volver los ojos. El cielo, refugio de los desheredados, las ideas religiosas, apoyo de los que sufren, podrían servir para fortificarla y sostenerla; pero desgraciadamente la indiferencia, tan fácil en medio de las penalidades de la miseria, tan común ahora que los impíos se encarnizan por arrancar el patrimonio de la fe, tan consecuente, como resultado de una educacion descuidada, viene á quitarle hasta ese postrer alivio. En esas circunstancias, ¿comprendéis todo lo que vale la visita de una amiga, de un amigo, que viene no con aire de superioridad y proteccion, sino con sencillez fraternal, con dulzura inefable, con amorosa caridad, á depositar un donativo acompañado de palabras afectuosas, de frases templadas en el ardor de la amistad pura y desinteresada? ¿Sabéis como llegan á lo íntimo del alma del pobre esos actos que reconoce emanados de un sentimiento purísimo? Si pudiera leerse en los corazones, si pudieran conocerse los actos en toda la plenitud de sus benéficas consecuencias, nadie podría dejar pasar un día sin visitar al pobre: como se buscan con diligente solicitud las diversiones y los festejos, así se buscaría y parecería grata y suavísima la compañía del pobre, y el socorro de sus necesidades, y el alivio de sus amarguras y desdichas.

En la culta Francia, y en general en casi todas las naciones católicas, la visita de los pobres en sus

casas se toma siempre como uno de los deberes de familia de que no se dispensan las señoras con leves y fútiles pretextos. Las jóvenes son conducidas por sus madres á esa escuela practica de la virtud en que se aprende á conocer el mundo por su lado más verídico y genuino, por el lado del infortunio, de que está constantemente sembrada la vida de la humanidad. Las niñas reúnen sus pequeños recursos para tener que dar al pobre el día de la visita, y siempre se considera ésta como un motivo de regocijo y de satisfaccion. Esto se practica tambien entre nosotros, pero en pequeña escala: tenemos una Junta de Caridad que en medio de embarazos sin cuento ha podido conservarse y continuar sus obras de beneficencia con perseverancia y decisi6n; mas es preciso generalizar la obra, extenderla, y hacer que cooperen á ella mayor número de personas. La medida del trabajo es el número de los pobres: miétras exista una sola familia desgraciada que no sea visitada y consolada, todavía será necesario hacer nuevos esfuerzos para conquistar otras personas generosas que consagren una parte de su tiempo á esta filantrópica labor; será preciso que cada familia cristiana tenga una familia pobre, de quien sea amiga; amiga, sí, en toda la extensión de la palabra, benefactora, patrocinadora, que cuide de ella, que se desvele por ella, como se hace con la familia de una hermana, de una hija, de una parienta desgraciada. ¡Qué admirable fraternidad la que presentaría la ciudad, si toda ella estuviese constituida sobre esta base de fe y de caridad! Sería el espectáculo más bello, el cuadro más sorprendente de la civilizaci6n cristiana.

Un buen vecino. (1)

CONSEJOS DE UN RUSTICO Á SUS HIJOS.

¡Qué cosa tan rara es un buen vecino! Desde en vida de mi padre lo que más se procuraba en casa era guardar los mayores respetos y consideraciones á nuestros vecinos, y nada temíamos tanto como el que surgiese alguna reyerta ó diferencia entre ellos y nosotros: y era natural, pues personas hemos visto padecer cruelmente por la mala voluntad y ojeriza de un mal vecino, ó que han perdido todo su bienestar y fortuna por el capricho y terquedad de algun caviloso y mal nacido. Por eso, mi padre no se cansaba de repetir, «llevad buenas relaciones con vuestros vecinos y sufrid las pequeñas molestias que os causen.» Y luego añadía: paréceme que lo estoy oyendo, «Tenemos, sobre todo, un vecino magníficamente bondadoso y bueno, que estimo en sumo grado, y cuya amistad os ruego encarecidamente, cultivéis cuidadosamente. Siempre está de buen humor, siempre dispuesto á servir, siempre con su corazón y sus tesoros abiertos para sus amigos. Nunca, desde que vivo en esta casa, me he visto afligido sin que me consolase, nunca agobiado sin que me diese un apoyo oportuno y eficaz. Cultivad su amistad, os lo encargo, no lo olvidéis.»

Yo por mi parte, nunca he olvidado este consejo de mi padre, y jamás he dejado de conservar con

(1) Este artículo es el último de una serie de artículos que en 1876 publicó el autor en «El Mensajero» con el título de «Consejos de un rústico á sus hijos.»

este buen vecino, muy afectuosas relaciones de vecindad. Aun en los días en que más cansado estoy, no me falta tiempo para ir á visitarle. A veces llego del campo abrumado de cansancio, aporreado, con todo el cuerpo quebrantado, despues de haber estado todo el día expuesto á los rayos del sol cuidando la cosecha del maíz ó viendo la quema de la milpa, y es tal la inclinación que me arrastra á conversar con mi buen vecino, que no acierto á recogerme sin ántes pasar un instante por su casa: le veo, le cuento lo que me pasa, mis temores, mis esperanzas, á veces tambien mis aficciones, y con este ratito de amistosa conversación, me parece que ya estoy descansado, y vuelvo á mi casa radiante de felicidad á continuar la conversación con mi buena Josefa, que por cierto con su exquisito tacto ha sabido hacer de su casa un punto de reunión para una tertulia de familia, en que la más cordial jovialidad y alegría no se riñen con un espíritu profundamente cristiano enemigo de toda murmuración y maledicencia. Asi vivo completamente feliz, entregado de pies y manos á mi familia, y al afectuoso cariño de este mi vecino, que es un amigo sincero de aquellos que alaban los sagrados libros.

Josefa visita también á nuestro vecino, y con más frecuencia que yo, porque habitualmente no está ausente de la ciudad, y siempre me dice que con dificultad encontrará visita que le sea más instructiva y provechosa. Así es cómo, con las relaciones frecuentes y el trato continuado de este mi vecino, ha aprendido á cumplir mejor sus obligaciones, y ha adquirido un caudal suficiente de principios y de virtudes para educar sabiamente á nuestros

hijos, y para gobernar con sapientísima prudencia la casa. Por eso no puedo menos que llenarme interiormente de lástima, oyendo á algunos amigos míos quejarse de sus mujeres, ya por su falta de firmeza y por su debilidad, ya por su falta de instrucción sólida y su carencia de principios y virtudes domésticas. Digo para mí: «si tuvieran un vecino tan bueno, si frecuentaran la casa del que yo tengo, todo quedaría remediado.» Desgraciadamente no es así, muchos maridos y muchas mujeres conozco, que han tenido oportunidad de conocer y tener amistad con este mi vecino, y la han desperdiciado, y creo que si dijera que hasta desprecios le han hecho, no mentiría. ¿Por qué, pues, se quejan? ¡Flaquezas humanas!

Josefa no se aviene con la tristeza, que bien sabe que es la enemiga mortal del alma; pero no deja alguna vez de estar apesadumbrada ¿quién no tiene pesares en el mundo? mas ya sabe el medio de expeler de su corazón su amargura: corre á casa del vecino, le refiere sus cuitas, y nunca sale sin consuelo puro y completo, verdadero y eficaz. A veces le lleva á sus hijos, le ruega que los bendiga, que los aconseje, que los haga amiguitos suyos, y él con su gran bondad no rehusa obsequiar sus deseos. Está tan contenta esta pobre criatura, que ni por todo el dinero del mundo querría dejar la casa que vivimos. No hace mucho, se nos proporcionó otra mucho mejor, muy amplia, muy espaciosa, con un jardín graciosísimo, con una huerta poblada de altos y frondosos árboles bajo cuya sombra se puede sestear cómodamente en las tardes calorosas del verano; Josefa, sinembargó, despreció todas estas co-

modidades para no privarse de nuestra buena vecindad.

Ya comprenderéis, hijos sencillos del pueblo, que mi buen vecino es Jesucristo en el Sacramento, pues vivo cerca de una Iglesia. En tiempos mejores, cuando la fe ardía viva en todos los corazones, los pobrecitos acudían con asiduidad á visitar al amoroso Jesús cautivo en los tabernáculos. El cura solía decir en mi pueblo la misa muy temprano, al rayar el alba, para no hacer esperar á los labradores que debían ir al campo á la roza de los terrenos á la siembra de las sementeras, y el que no podía absolutamente visitar á su querido Jesús en la mañana, se desquitaba por la noche, viniendo á arrodillarse junto á la lámpara del Señor á decir muy devotamente sus oraciones. ¡Cuán fortalecidos salían de esta visita! ¡Ah! sí: este sacramento es el corazón del cristianismo, es el foco de la piedad, de la castidad, de la humildad y del amor: del amor sobretodo. ¿Quién, después de visitar al dulcísimo Jesús, sale frío é impasible? ¿Quién no siente brotar en la intimidad de su corazón esa savia purísima que acrisola y aumenta los amores puros y santos del alma? ¿Quién que va todos los días á conversar unos instantes con Jesús no ama profundamente, tiernamente, á su padre, á su madre, á su esposo, á su esposa, á sus hermanos, á sus parientes, á sus conciudadanos, á su patria, á la Iglesia, á Jesucristo Dios y hombre? El Santísimo Sacramento es un río de amor que se desborda y lleva en su corriente á cuantos á él se acercan. Allí se apagan los odios, se desarraiga la inclinación á los vicios, y se fortifica el apego al cumplimiento del deber.

En los pueblos cristianos se engendra cierta familiaridad afectuosísima entre los habitantes del lugar y Jesucristo presente realmente en el templo. Era de verse el espectáculo que ofrecían á la vista muchas sencillas poblaciones en las catástrofes y calamidades, como incendios, inundaciones, etc. Mientras que los mozos valientes y forzudos trabajaban para oponer un dique á la devastación, el anciano cura sacaba de la Iglesia al Santísimo Sacramento, y viejos, mujeres y niños se agrupaban á su alrededor pidiéndole con llanto y con fervor que remediasse aquella desgracia. ¡Cuántas veces los ruegos de aquella afligida multitud que pedía con amorosa confianza á su Padre y Señor, se veían escuchados, viéndose cesar repentinamente un incendio que amenazaba devorar la población, la inundación que debía convertirla en un desierto!

Los librepensadores se reirán: quédense con su risa y sus bufonadas: nosotros seguiremos siempre creyendo en el auxilio sobrenatural de Dios, y somos completamente felices con nuestra fe, en tanto que ellos.....¡ay!.....cuántas penas y remordimientos desgarrarán su corazón.....¡cuántas dudas! cuántas tinieblas..... y quizá tambien.....! ¡cuánta desesperación!..... Oh Santa fe..... bendita seas! tú llenas las infinitas aspiraciones de nuestra alma!

Hijos del pueblo, no olvidéis visitar diariamente á Jesús en el Sacramento, y no tendréis de que arrepentiros. Él obra directamente sobre los corazones, y se palpan los bienes que infunde en las almas de sus amigos adictos y constantes.

Un día, un antiguo sirviente de la casa de mi

padre, vino todo compungido á entregarle cuatro pesos.

—¿Qué cuatro pesos son esos Perico, le dijo mi padre, que no atinaba con lo que significaban?

—Ah Señor, respondió Perico con las lágrimas en los ojos; ya no puedo más, el *vecino* no me da reposo, ni de día, ni de noche. Por la primera vez quise tomar lo que no es mío; pero.....es un tormento insoportable.....Ud. no ha notado el fraude.....pero él, que todo lo ve.....ha estado conmigo como sierra de palo.....Ud. me acostumbró á visitarle todos los días, pero desde que robé, no oigo más que los cuatro pesos..... los cuatro pesos.....los cuatro pesos..... Tómelos Ud. Señor, y perdóneme Ud.

El cristiano fervoroso no deja pasar los días sin conversar con Jesús. ¡Qué tristeza la de ciertos lugares en donde Jesucristo está todo el día encerrado sin que ni un solo adorador venga á acompañarlo en su soledad! No es extraño que oigamos á los hombres quejarse y lamentarse tanto de su mala situación, del mal estado de los negocios, de la miseria. Si las criaturas abandonan á su Creador, ¿cómo ha de extrañarse que el Creador deje á la criatura? Se pudiera decir, como San Juan decía á los judíos: «*Hay uno en medio de vosotros que no conocéis.*» A esto debe atribuirse ese malestar general, esos odios, esa inclinación á los desordenes y á la destemplanza.

Veis que álguien echa la casa por la ventana, para los preparativos de un baile, ó para costear el abono de un palco para el teatro; pero en el momento en que por su imaginación cruza un pensamiento de consagrar alguna cosa á la casa de nuestro Señor, in-

mediatamente se acude á los pensamientos de economía, á las necesidades de la familia, de la vejez futura, etc., etc.

No era así en otro tiempo: mi padre cada año tenía cuidado de separar lo que destinaba para el embellecimiento de la casa del *vecino*, y, aun estando de viaje, lo tenía siempre presente. En una ocasión, tuvo necesidad de ir á la villa de X* para tratar de librar de la guardia nacional á un compadre suyo, muy honrado y muy trabajador que era el único apoyo de su esposa y nueve hijos todos pequeños. Cuando llegó á la Jefatura Política, estaba ya cerrada la oficina y hubo necesidad de dirigirse á la casa particular del Sr. Jefe Político.

—Se ha tardado Ud. mucho, le dijo éste á mi padre, para excusarse.

—Es verdad, sírvase Ud. dispensar; pero fuí antes á saludar al Señor del pueblo.

—¡Cómo! replicó echándose atrás con asombro, el Jefe Político. ¿Hay acaso señores, en la villa de X* parte integrante de la República soberana de México? ¿Hay algún otro señor más que el *pueblo soberano*?

—Sí, sí, respondió mi padre, riéndose muy fina y jovialmente, y es Jesucristo, Señor vuestro, y mío también.

Yo he pasado muchos momentos delante del Santísimo Sacramento, y confieso que son los que mi alma recuerda más dulcemente. Mi único pesar es no poder consagrar más tiempo á la visita de este amigo sublime en *cuya conversación no se siente amargura y cuyo trato no causa fastidio*. Es el asilo más seguro del hombre, el amigo más fiel, el más suave

consolador: un poco de fe, y se halla en él remedio para todos los males, luz para todas las dudas, apoyo en todas debilidades. Recibir este divino Sacramento es, sobretodo, de tal utilidad para el hombre, que no comprendo la indolencia de los que pasan días, meses y años, sin acercarse á él. ¡Ah! permítidme decirlo: ¡qué costra de corrupción debe cubrir el sepulcro en que yacen esas almas perezosas! Mi padre jamás dejaba pasar un mes sin acercarse á la sagrada mesa eucarística, y, ya lo sabíamos todos, hijos y criados, los días siguientes al de la comunión eran los más felices de la casa. Paréceme todavía estar viendo la apacible y dulce cara de mi venerable padre radiante con alegría muy especial. En esos días era cuando más sentía palpitar su corazón con el amor que nos tenía á nosotros y á mi santa madre, y su cariño se exhalaba y se comunicaba á todos: una santa paz reinaba en casa, que nos cuidábamos mucho de perturbar. Esos días han dejado en el alma de todos nosotros indelebles huellas que nos hacen más venerable y querida la memoria de nuestros amados padres, que fueron siempre felices porque siempre amaron á Jesús en su Sacramento de amor.

Nosotros hemos heredado la costumbre de recibirle con frecuencia, y seguimos su consejo llevando muy afectuosas relaciones con el VECINO, tan amoroso y tan bueno como en los tiempos de mi padre.

Fraternidad.[1]

Octubre 20 de 1889.

Diariamente habréis oído decir, queridos lectores, «ya no hay Santos,» «la época de los Santos pasó;» y sin embargo no ha pasado: los Santos viven en nuestro siglo, como vivieron en los siglos pasados: son nuestros contemporáneos, como fueron los contemporáneos de Carlo Magno, de Carlos V y de Luis XIV. Habréis oído también clamar á menudo «fraternidad,» «fraternidad» «fraternidad;» y tan bella palabra tiene su realización verdadera en la vida de los Santos.

La prueba de lo uno y de lo otro acaba de dárseos patente, tierna, sublime, capaz de arrebatarse el alma. En este mismo año de 89, el 15 de Abril, uno de los Santos más heróicos entregó su alma á Dios, después de trece años de estar practicando día tras día las pruebas más palpitantes de verdadera fraternidad. Me refiero al padre José Damián de Veuster, religioso de la Orden de los Sagrados Corazones de Jesús y de María, conocido ya en todo el Universo con el título de el glorioso apóstol de los lazarinos.

Entre la América y la Australia, en el Oceano Pacífico del Norte, no ignoráis que existe un grupo de trece islas llamadas las islas de Sandwich, de las cuales ocho están habitadas y cinco desiertas. To-

(1) Este y los artículos siguientes, los publicó su autor en 1889 en «La Razón Católica.»

das son elevadas, escarpadas, montañosas, y algunas rodeadas de bellos cuanto terribles arrecifes de coral. Sus habitantes son de color claro y con todas las costumbres de la civilización cristiana, cuya influencia con decidida inclinación aceptaron desde que conocieron á los primeros misioneros protestantes que allí se establecieron desde 1820. Su ilustración y comercio han crecido acaso por la frecuente comunicación que tienen contantemente: en efecto, la posición peculiar de estas islas las ha convertido en lugar de descanso, provisión y depósito para los innumerables buques que se dedican á la pesca de la ballena en las cercanías del Japón, en el mar de Behring y en los mares ecuatoriales. Sus relaciones comerciales son extensas con Alemania, Estados Unidos de América, Francia y Gran Bretaña, naciones todas que se disputan el predominio de influencia en el Gobierno de las islas.

No todo, sin embargo, ha sido prosperidad y dicha para los habitantes de Sandwich. Un azote horroroso empezó en los últimos lustros á hacer estragos en la población de un modo tan frecuente, que hubo de alarmar al Gobierno: el lazario que tantos daños causa en el Asia, empezó á propagarse en las islas por todas partes, en tal grado que llamó la atención de los gobernantes, y para contener sus avances, tomaron una determinación desgarradora, la de aislar de grado ó por fuerza á todos los lazarios, separándolos de todo contacto con la población no contagiada.

La isla Molokai fué la escogida para sepulcro de estos desgraciados enfermos. Molokai, el Eden de la muerte, como se le ha llamado con tanta pro-

piedad, es una hermosa isla, á juzgar por las descripciones que de ella hacen los viajeros: alegres valles, montañas abruptas, volcanes rugientes, misteriosos abismos, bosques frondosos se levantan allí bajo un cielo sereno, con temperatura deliciosa, y junto á un mar de bello azul zafir. Allí decretó el Gobierno que fuesen trasladados los infelices lazariños, y el decreto se ejecutó, y se continúa ejecutando sin conmiseración, á pesar de la resistencia de las mismas víctimas, de sus padres, parientes y amigos. En vano se ocultan, pues el ojo avisador de la policía los descubre en sus escondrijos, y los arrebató y embarca para la isla: nadie se escapa de la terrible medida, y aun se cuenta que un pariente próximo de la reina de Sandwich, no tan pronto fué atacado de la enfermedad, cuando por la fuerza fué llevado al aborrecido lazareto de Molokai, y separado del resto del mundo por infranqueable barrera.

No podía escaparse á la caritativa solicitud del obispo católico de Sandwich este asilo de la desgracia, y en el año de 1873 se propuso visitarlo y se embarcó para la isla en compañía de un joven sacerdote en el vigor de la edad y lleno de actividad y de celo: llamabase éste el padre Damián de Veuster, y pertenecía á una familia de Bélgica bendecida por la Providencia con el don de la abnegación y del sacrificio de sí mismo que todos sus miembros tenían.

Cuando llegaron los piadosos visitantes á Molokai, se encontraron con una escena que espeluznaba y sobrecogía de angustia. Ochocientos ó mil lazariños mal vestidos y peor alimentados estaban distribuídos en dos aldehuellas de mala muerte llamadas Kalawao y Kalapampa. Las casas eran in-

suficientes y malsanas, y los pobres enfermos abandonados á sí mismos, y sin auxilios religiosos, se habían entregado á los vicios y á los desórdenes. En su desesperación, habían encontrado en el bosque una planta con que fabricaban un licor que gustaban con avidez porque les causaba frenesí de alegría y de nerviosa excitación que por un momento les hacía olvidar sus penas entre los vapores de la embriaguez. Era, como se ve, el mal moral reagrandó los males físicos.

Tal situación no podía dejar impasible á un verdadero sacerdote católico enamorado de las almas y ardiendo siempre en deseos de su bien y de su salvación: en presencia de esas necesidades apremiantes, el padre Damián oyó dentro de sí la dulce y secreta voz que le llamaba á consagrar su vida entera al servicio de los leprosos, renunciando toda ambición humana. Concluída la visita pastoral, impulsado por la inspiración divina al sacrificio de sí mismo, pidió á su Obispo el permiso para quedarse para siempre en la isla. El Obispo, edificado con tan extraordinaria caridad, teme si acaso haya en tan repentina decisión un movimiento de irreflexible entusiasmo: le hace pensar en los padecimientos que le esperan, le pone á la vista que, según las órdenes del gobierno, pasado algún tiempo, no podrá volver á salir de la isla; le hace vislumbrar el contagio que no está lejano; le habla de su madre que vive en la patria belga. El padre Damián permanece firme en su determinación: todo lo ha previsto y meditado, y sin embargo quiere dar ejemplo de fraternidad sacrificándose por amor á sus hermanos leprosos, por amor á Dios, inspirador de tan